Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

77 **La primavera camporista**



Suplemento especial de
Página|12

ANTIDIALÉCTICA DEL FOCO GUERRILLERO

Todo parecía posible. El 25 de mayo de 1973 se tomó la casa. El aire de cambio se sentía desde antes. Desde el mismísimo día siguiente al de las elecciones. Cruzábamos con Domingo Bresci el puente de Pacífico, ahí donde Juan B. Justo desemboca en Santa Fe. No sé adónde íbamos. O yo lo llevaba a alguna parte porque estábamos en mi Renault 12. Le hice notar que algún cambio ya se notaba. Domingo se mostró más optimista. "Claro que se nota. Se respira de otra forma. Mirá la gente. Parecen todos más felices." Ahí, en ese cruce de Pacífico, era evidente. La clase media peronista y hasta camporista tenía otra cara. Habían ganado. Habíamos ganado todos. Los malos de la película habían perdido. Se habían terminado siete años de dictadura y la eterna proscripción del peronismo. Una brillante generación de jóvenes se preparaba para gobernar acompañando a un Tío bueno y con el respaldo de un Padre sabio, que aconsejaría, que entregaría su fuerte respaldo. Ni siquiera había empezado el otoño. Cuando se tienen esperanzas tan fuertes es difícil después volver a tenerlas. Esos fueron nuestros días de amor con la historia. Ni siquiera pensábamos que para otros eran los de la pesadilla, que sólo se habían retirado tácticamente, que esperaban. La juventud peronista estaba llena de planes. Durante esos días, un siempre apresurado, siempre imprudente Rodolfo Galimberti diría: "La juventud peronista está dando en este momento una política para el conjunto del Movimiento". En *Envido* de mayo, el Nº 9, en *Crónica del triunfo popular* se encuadraría con mayor precisión esa frase: "Por eso es correcto afirmar que la juventud peronista está dando en este momento 'una política para el conjunto del Movimiento', agregando que el movimiento de tendencia revolucionaria no se agota en la juventud peronista; ésta es una porción del frente de masas, cuyo sector más importante es la clase trabajadora" (*Envido*, Nº 9, p. 42). ¡Qué lección para el vanguardismo foquista, para la soberbia de las vanguardias fierreras! Ni Firmenich ni Santucho habrían adherido a ese texto. ¡Y Firmenich, pocos meses después, pediría la revista para la organización! Raro: *Envido* era la antítesis de la Orga que él representaba. Analicemos ese texto: el Galimba se larga por la suya y dice "la juventud está dando una política para el conjunto del Movimiento". Desde *Envido* se responde: a) La "tendencia revolucionaria" (designación que nunca nos había convencido) *no se agota en la juventud peronista*; b) La "juventud peronista" *forma parte de un frente de masas*. De ese frente de masas, lejos está de ser la que dicta una política para todos, es sólo un sector. Porque *el sector más importante del frente de masas es la clase trabajadora*. En este punto (y nada menos que en este punto) *Envido* coincidía más con *Pasado y Presente* que con el vanguardismo montonero. No en vano, en la tapa de este Nº 9, la gran consigna que, en grandes letras, se lee es: *Gobernar es movilizar*. Y en el número que sale de *Pasado y Presente* se saluda, como compañeros, a los que proponen esa política, esa consigna. Pero nosotros no hegemonizábamos nada. Al frente de Montoneros estaba Firmenich. Al frente de la JP, Galimberti. De política de masas, de marxismo, *no sabían nada*. El saludo de la revista cordobesa venía de Juan Carlos Portantiero, de José Aricó. Planteaban, en ese momento, "la centralidad en la fábrica". Entre la "centralidad en la fábrica" y el "foco" de Debray y de Guevara hay un abismo. El abismo entre la lucha de clases protagonizada por la clase obrera y el foco de la guerrilla pequeñoburguesa o del guerrillero profesional cubano que viene a bajar línea en países que no conoce bien. La "centralidad en la fábrica" es plantear la lucha revolucionaria desde el corazón mismo de la clase obrera. El "foco" fue y será la epopeya solitaria de los combatientes heroicos, de los salvadores del proletariado, de los poseedores de la "conciencia de clase" que viene desde afuera, de los que conocen "las leyes de la historia" (¡como si la historia tuviera leyes!) y las "bajan" a las masas. Pese a su política de "entrismo" en el peronismo, pese a plantearse una política junto al movimiento de masas, la Orga firmenichiana jamás entendería esto. Si hubieran sabido algo de dialéctica (en lugar de copiar a Lenin en su peor momento antidialéctico: la teoría de la vanguardia "externa" a la clase obrera), habrían sabido que todo elemento dialéctico tiene que generar *desde sí* su momento de superación. Que *nada* en la dialéctica (movimiento *inmanente y necesario*) viene de afuera. Que precisamente *todo* lo que la dialéctica dice es que no hay momento histórico que no genere a partir de sí la totalidad de lo que habrá de generar, que nada lo penetra de afuera, que nada exterior le es propio porque, de serlo, no sería parte de su dialéctica. La idea de la *vanguardia* que hace penetrar desde afuera la ideología en las masas es *antidialéctica*. Es meter una *cosa* en el fluir de la dialéctica de la clase obrera. Pero, ¿qué podían saber de esto los vanguardistas del foco envalentonados por los sueños teóricos de Ernesto Guevara, cuya característica fue *ser heroico en todas partes y no triunfar en ninguna*.

El foquismo vanguardista parte de un supuesto fatal: las masas están privadas de conciencia revolucionaria. O la tienen muy embrionariamente. La tarea de la guerrilla es la de la galvanización. Guevara, en su *Diario*, llega a exclamar que pocas veces sintió el poder "galvanizador" de la guerrilla como en uno de sus momentos en la selva boliviana. Galvanizar es *estimular*. Hay más sinónimos que clarifican el concepto: avivar, vivificar, excitar, espolear. Fue Régis Debray (el infaltable francesito de todos los avatares latinoamericanos, sobre el que luego recaerá la sospecha de haber traicionado al Che) el que buscó precisar (y lo consiguió) el concepto del *foco guerrillero*: "Primero, se va de lo más pequeño a lo más grande. Querer ir en sentido inverso no sirve de nada. Lo más pequeño es el foco guerrillero, núcleo del ejército popular, y no es un frente el que crea ese núcleo, sino que es el núcleo el que, al desarrollarse, permitirá crear un frente nacional revolucionario. Un frente se hace en torno de algo *existente*, no solamente en torno de un programa de liberación. Es el 'pequeño motor' que pone en marcha el 'gran motor' de las masas y precipita la formación de un frente, en la ascensión de las victorias obtenidas por el pequeño motor" (Régis Debray, *¿Revolución en la revolución?*, en revista *Lucha Armada*, Nº 1, p. 141). ¿Por qué el filósofo Debray considera que el foco es lo *existente*? ¿Las masas no han tenido acceso a la *existencia*? No, el foco, que es lo existente, debe darle existencia a las masas. Se pasa, así, del "pequeño motor" al "gran motor". Es notable la contradicción en que incurre la Orga montonera en este punto. Durante años, en los '70, uno ya estaba harto de escuchar a combatientes de todo tipo hablar del pueblo "como valor de verdad". A combatientes del populismo peronista, desde luego. Todo se remitía al "pueblo peronista". Todo se hacía por "el pueblo peronista". Ese pueblo había elegido seguir a un líder, de aquí que se respetara tanto a ese líder y se aceptara su conducción. ¿Cómo entonces adherir a la teoría de la vanguardia? El pueblo, ¿es "valor de verdad" o es ajeno a ella? La razón, ¿reside *en* el pueblo o es exterior a él? ¿Es la vanguardia la que conoce "las leyes de la historia"? ¿Y si esa sabiduría residiera en el pueblo? Por su propia naturaleza, por su inserción en la materialidad más honda de la historia, ¿no es precisamente el pueblo el que conoce esas leyes? ¿No hay entonces que acercarse a él y escuchar atentamente, sin soberbia? Además, ¿cuáles son las leyes de la historia, dónde las aprendió la vanguardia, en los textos y no en la materialidad concreta que las masas habitan por su propia condición? ¿No cambian las leyes de la historia? ¿Es *científica* la historia? Otro dislate. En esa teoría del foco guerrillero como núcleo, como "pequeño motor", que desarrolla Debray late ya la experiencia erpiana del monte tucumano, que fue fácilmente destrozada por los eficaces matarifes del general Vilas primero y del general Bussi después. La derrota militar de la guerrilla argentina fue demasiado fácil para el Ejército. Militarmente se los comieron en unos pocos meses. De los dos lados se coincide en aumentar la peligrosidad de la guerrilla: el Ejército para mostrarse más heroico y continuar con la represión que el "peligro terrorista" le autorizaba. Y la guerrilla para no confesar la verdad: fue una lucha despareja, insensata. Y también para seguir con la ficción del Ejército Montonero arrojado a la heroica tarea de liberar a la patria. No, fue fácil y a esa facilidad le añadieron la masacre asesina, la masacre sin nombre, en los campos de concentración. Ahí, en ese infierno, coincidieron los guerrilleros del foquismo de Debray y Guevara con todos los sectores sociales (obreros, estudiantes, médicos, psicólogos, profesores, comisiones internas, periodistas, escritores, mujeres embarazadas, niños recién nacidos, etc.) que los militares, con la excusa de la lucha contra el terrorismo, decidieron atormentar y desaparecer.

LA TARDÍA AUTOCRÍTICA DE SANTUCHO

Pero si volvemos al análisis del concepto de *Tendencia Revolucionaria* veremos que sólo es posible negando el protagonismo de masas. Si se reemplaza la teoría del foco por la de la clase trabajadora como elemento *central* del Movimiento se pierde el protagonismo de la Tendencia Revolucionaria. ¿Formaba parte la clase trabajadora de la Tendencia Revolucionaria? ¿Alguien le hizo esta pregunta a ese riguroso teórico llamado Mario Eduardo Firmenich? ¿Alguien le hizo esta pregunta al fogoso Galimba? ¡Por favor! La Tendencia Revolucionaria se hizo para jugar al paternalismo con la clase trabajadora y para centrar la revolución en la Jotapé y su "organización hegemónica", Montoneros. Ya vamos a analizar por qué Montoneros (que no habrán sido 12 tipos en su inicio –mito que se corresponde con "los doce" de la Revolución Cubana–, pero no habrán ido más allá de los 70 que, juntando figuritas de todos lados, enumera Lucas Lanusse en su libro sobre "el mito de los doce fundadores") se adueña de la juventud peronista. Pero sea cual fuere el motivo, que lo logra, lo logra. A partir de mediados del '72 no hay cuadro de la Jotapé que no nombre a la venerable y tumultuosa confluencia de jóvenes de la mejor clase media de nuestra historia como "la juventud peronista, cuya organización hegemónica es Montoneros". Miguel Hurst –y yo lo puedo decir– y muchos otros militantes ya tenían las bolas llenas con eso de la "organización hegemónica de la Jotapé". Era un dislate. Era (ya) el delirio de la Orga. El delirio de disputarle la conducción a Perón. O la juventud peronista formaba parte de un movimiento de masas cuya conducción (y, por consiguiente, su hegemonía) era encarnada por Perón, a quien esperaban *todos* los argentinos que fueron a ezeiza, cerca de *dos millones*. Y que no eran *todos* Montoneros, ni por joda. O era la "tendencia" de una parte de ese movimiento. Una "tendencia", para colmo, "revolucionaria". ¿Y qué eran los demás sectores del movimiento, burócratas, conciliadores, dialoguistas, traidores, conservadores? Ahí ya empieza el *error montonero*. Decir "tendencia revolucionaria" era decir "alternativismo". Decir "alternativismo" era estar fuera del movimiento. Estar "fuera del movimiento" era estar fuera de la conducción de Perón. Al estar "fuera" de esa conducción cabían dos posibilidades: a) plantearle a Perón compartir la conducción. Delirio total: ¿por qué pretender compartir la conducción de un movimiento al que no se pertenece?; b) Irse. Abandonar la conducción de Perón y abandonar el movimiento de masas. Esto, al menos, el ERP lo tenía claro. Ni Perón ni el peronismo. Lo único que no tenía claro –o la única contradicción que fingía no ver– era *de qué "pueblo" se consideraba "ejército"*. Porque "el pueblo" –para mal o para bien– era peronista. Pero "el pueblo" –para la guerrilla foquista– es una construcción a futuro. La vanguardia hace la revolución y luego se la entrega al pueblo: la hizo para él. Por eso se autodenominaba "su" ejército, algo de lo que el pueblo no tenía noticias porque el ERP no hacía trabajo territorial. Trabajo de masas. Firmenich y Santucho no tenían muchas diferencias. (No hablo de su condición de personas morales.) Firmenich creía poder "meter" la revolución en el peronismo. Santucho la iba a hacer "afuera" porque (y esto lo veía bien) el peronismo y las masas peronistas jamás serían marxistas y revolucionarias. También Firmenich creía esto pero no lo decía. Para él, a partir de la posibilidad de ganar el aparato del Estado y "heredar" al enfermo Perón, la tarea revolucionaria fue generar una organización de vanguardia, apoyada por la movilización de la juventud y algunos sectores populares (más ligados a los que el sindicalismo peronista no había organizado aún, es decir: villeros sobre todo y algunos venerables cuadros históricos como Framini, Sebastián Borro o Armando Cabo), que lograra adueñarse de ese "Estado" y ponerlo al servicio de la creación de poder de la Orga. Todo esto se le hizo rápidamente añicos. Perón, según vimos, les había sacado la escalera y jamás se las volvería a dar. Por el contrario, con un empeño acaso obsesivo y hasta siniestro, se encargaría de organizar el aparato clandestino que los destruyera. (*Nota:* Uno sabe cuándo escribe cosas que no van a gustarle a nadie. Pero no escribimos para "gustar". No contamos un relato que tenga buenos y malos. Que haya terminado bien. Sabemos que hay gente en este país que aún cree en Firmenich, que lo quiere, que se enoja cuando se lo cuestiona. Ni hablar de Perón. Sé que Osvaldo Bayer –con esa contundencia que lo hace imprescindible– ha pedido al justicialismo, durante estos días, que haga la autocrítica por los crímenes de la Triple A y la participación de Perón en ellos. Mientras Perón vivía fue que la organización terrorista se armó ante sus ojos y cometió muchos de sus crímenes. Esto no hay cómo negarlo. Ya llegaremos a su detallado análisis. Es el relato de una tragedia. La lucha –no de la verdad contra la verdad ni de lo justo contra lo justo– del Error contra el Error, de la Muerte contra la Muerte. Era imposible no equivocarse. *No había lugar en la política argentina que no estuviera conquistado por el error y por la muerte.* Cuando, a fines de 1973, muchos decimos "entre Firmenich y Perón hay que elegir a Perón" –los motivos eran innumerables– también nos deslizamos al Error. Elegir "a Perón" era elegir a López Rega, a Villar, a Navarro, a la Triple A. Cuando muere Perón se produce un reflujo de masas decisivo. Ya en el acto del 1º de mayo de 1974 –aunque Montoneros diga lo contrario– no hay "pueblo", hay "militantes", que son, desde luego, parte del pueblo, pero que son esa parte que acepta ver la historia como lucha de fracciones letales, sanguinarias. Cuando aparecen *los fierros* el pueblo se va. *Al menos, sin duda alguna, el pueblo peronista*. Habría que analizar otros casos. El caso vietnamita, por ejemplo, en el que la población campesina colabora con el Vietcong. La Revolución Cubana, tal vez. (Que fue una total "excepcionalidad histórica" y no la "vanguardia" de la revolución latinoamericana como pretendía el Che.) Pero –a partir de 1974– el pueblo de Gaspar Campos, el de la cancha de Independiente, el pueblo de la plaza del 25, el alegre pueblo argentino que fue a Ezeiza, emprende el éxodo hacia la seguridad. Las masas se apartan, se contraen, se vuelven sobre sí. Es el "reflujo de masas" del que hablará Walsh, tarde. Es, también, el "reflujo" del que habla Santucho en su autocrítica de julio de 1976: "Los primeros días de julio, el buró político del PRT lo escuchó decir, por primera vez en cinco años: *–Nos equivocamos en la política, y en subestimar la capacidad de las FF.AA. al momento del golpe. Nuestro principal error fue no haber previsto el reflujo del movimiento de masas, y no habernos replegado. Por lo tanto debemos desmilitarizar la política, replegar al partido en los centros obreros y disolver la Compañía del Monte hasta que un nuevo auge del movimiento popular, aproximadamente dentro de un año, o un año y medio, nos permita reemplazarla"* (María Seoane, *Todo o nada. La historia secreta y la historia pública del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho*, Planeta, Buenos Aires, 1997, p. 282. La frase también es citada por Pilar Calveiro en *Poder y desaparición* y proviene de *Entrevista con Luis Mattini*, Buenos Aires, 1987/1988). Sin embargo, muchos militantes habían visualizado la inevitable derrota antes que el jefe. Cierto día del mes de marzo de 1975, en una simple reunión de militantes de superficie que analizaban, entre el miedo y el desencanto o la confusión absoluta, la coyuntura política de un país en que se mataba sin ningún reparo a cualquiera, una mujer de treinta o treinta y cinco años rompe a llorar sorprendiendo a todos. Se calma y sólo dice: "Sé que al ERP le agarraron un *correo*. Es el fin". También el 20 de ese mes de marzo el gobierno emprende el ataque a Villa Constitución, donde una clase obrera no peronista, marginada de las conducciones burocráticas de la UOM y la CGT, declara una huelga a la que de inmediato se califica de "subversiva". Pero esa joven mujer –la que dijo: "Es el fin"– sólo necesitó conocer ese dato ("le agarraron un *correo* al ERP") para advertir que el Monstruo había penetrado muy hondamente ya y que la derrota estaba golpeando la puerta.

¿QUÉ SON? ¿SON NAZIS ESTOS MILICOS?

De todas formas, Santucho no se privó de su gran operación guerrillera, "la más grande desde el asalto al Moncada": el ataque al Batallón 601 de Arsenales Domingo Viejobueno en Monte Chingolo. Mueren cerca de 160 seres humanos, entre guerrilleros y habitantes de la villa miseria cercana al batallón, que aprovecha la volteada y se la saca de encima. Periodistas extranjeros ven cerca de setenta personas detenidas contra un enorme galpón. Los obligan a irse. Oyen estruendos de ametralladoras. Regresan: no queda nadie. Miguel, por primera vez alarmado, me pregunta: "¿Quiénes son estos milicos? ¿Son nazis?". Eso, ¿quiénes eran esos milicos? La voz que se corre –días antes del golpe– es: "Rájense todos. No saben lo que se viene. Esto no lo vimos nunca". Si la autocrítica de Santucho es de julio del '76 es –aunque saludable como un legado de cierta racionalidad en medio de una derrota laboriosamente conquistada– demasiado tardía. Ojalá hubiera visto lo que vio esa mujer en el aprisionamiento de ese *correo*, ojalá hubiera visto antes la inevitabilidad de la derrota y no sacrificara más vidas ni le diera a Videla en bandeja el detonante del golpe. Eso fue Monte Chingolo. Estos son apuntes anticipados. Volveremos sobre ellos. La pregunta fundamental que guía nuestra investigación podría formularse así: *¿Qué sirvió para posibilitar la masacre y qué sirvió o habría servido para evitarla o atenuarla?* Porque todo esto tiene desemboque, una convergencia imposible ya de adjetivar: el 24 de marzo de 1976. Lo que sirvió para que ese genocidio se realizara fue malo. Lo que no sirvió o lo que habría podido impedirlo o estrecharlo, mitigarlo, fue bueno. Es posible que lleguemos a la peor de las conclusiones: *Todo lo que sucedió, sucedió para que ocurriera.* Pero esto sería creer que estaba inserto en una lógica catastrófica de la historia que no podía torcerse. Habrá que seguir pensando. El "Proceso" se propone el fin de la Argentina peronista (mucho más allá del mero fin de la "subversión"). Fue el peronismo el que emprendió esa tarea: con Celestino Rodrigo en la economía y López Rega al frente de los escuadrones de la muerte. Pero, ¿cómo permitir que el culpable se castigue a sí mismo? Se lo dejó aniquilarse en medio de su delirio criminal y luego se le cortó la cabeza. Y se decidió "reorganizar" el país para siempre. Martínez de Hoz fue Rodrigo. Videla, un López Rega aún más brutal. Las tres armas (como dice bien Rodolfo Walsh) la Triple A y la patria agraria unida a la financiera los beneficiarios de la orgía de sangre.

SUCESOS DE LA PRIMAVERA CAMPORISTA

Alguna vez leí esta frase: "Los hechos se precipitaban, como suele leerse en las malas novelas". No sé si esa frase alcanza para tornar mala una novela, pero el escritor que la hace suya debe saber que está demasiado gastada como para que juegue a favor de la calidad de su escritura. Como sea, a partir del 11 de marzo... los hechos se precipitaron. Todos discutían, hacían planes de gobierno, qué había y qué no había que hacer. En un programa de TV hay una mesa y a ella están sentados varios opinólogos, a los que no se les decía así entonces. De pronto alguien entra caminando, con categórica, ilimitada cara de orto. O sea, el tipo no estaba ya sentado a la mesa del debate. No, entra por las suyas, casi sorpresivamente. Se acerca a uno con pinta de académico que está diciendo algo sobre la necesariedad de que el país decida sus políticas a partir de sí mismo, que no las reciba de afuera, sobre todo de Estados Unidos. Se nota que tiene algo o bastante de "zurdo". El que acaba de entrar (sin cambiar su cara ortesca u ortiásica) le dice: "¿Usted es otro de los que quiere venderle ideología a Perón?". El "zurdo" lo mira sorprendido, no sabe qué decir. Se nota que no tiene habitualidad televisiva, en tanto su agresor la derrocha. "Ahora –sigue el cara de orto– resulta que todo el mundo le quiere regalar ideología a Perón. Como si Perón no la tuviera. Como si nunca la hubiera tenido. Como si necesitara que cualquiera, sobre todo si no llegó a los veinticinco años, le diera instrucciones sobre cómo es el país, el mundo y lo que hay que hacer." Era Bernardo Neustadt. Si mal no recuerdo, la mesa la presidía Mirtha Legrand. Bernardo agarra una silla, la aparta de la mesa y se sienta. "Perón tiene su propia ideología. Él la creó. Es la ideología del peronismo a la que el pueblo adhiere. Estoy harto de que vengan advenedizos a pasarle un plumero como si se tratara de un mueble viejo." Uno no lo podía creer: Neustadt hacía su entrada en el peronismo ¡como depurador ideológico! Ahora era el guardián de la pureza ideológica del Movimiento. Al rato le preguntan por quién votó el 11 de marzo. Hace un silencio dramático. Y luego –sin abandonar un aire de trascendencia histórica– dice: "Luego de pensarlo largamente toda la noche del 10, el 11 de marzo voté por el Frejuli". Se había montado al peronismo. Pero también había elegido certeramente desde dónde hacerlo: desde la derecha, desde el lugar que le permitiera frenar el avance de los "zurdos" y sus "ideologías extrañas". El lopezreguismo todavía no existía pero Neustadt ya estaba ahí, lo había olfateado. Qué tipo miserable. Pocos tipos han sido tan mentirosos, oportunistas, fascistas y delatores en nuestra historia. A pocos, además, se les notó tanto en la cara. La maldad lo afeaba año tras año. Cada día se parecía más al sapo que utilizaría la revista *Humor* para dibujarlo. Grondona siempre fue un carilindo. No obstante, durante estos días, su decadencia va tomando la forma de un diablejo envejecido, teñido o con peluquín, de un ente infernal que ya no asusta como siempre lo hiciera, de un vampiro con artrosis, de capa raída, de colmillos amarillentos y con caries profundas, con ulceraciones. Gelblung se traga las palabras o las emite mal, su voz ya es sólo una carraspera constante, que le permite la expresión de la guaranguería, la chispa del borrachín, jamás la lucidez, la inteligencia, de las que cada día se aleja más. Pero ninguno como Neustadt. Los otros dos acaso fueron más peligrosos. Grondona con su estilete largo y fino. Gelblung con sus mandobles temibles, que podían abarcar a cualquiera, segar vidas con sólo publicar fotografías en ese órgano del Estado criminal que dirigió entre 1976 y 1983. Neustadt era la frontalidad. Era el mal sin veladuras. El mal en carne viva. Era payasesco y era súbitamente temible, acosador, vengativo. Durante el gobierno de Cámpora y luego el de Perón se acomodaron sin problemas. Gelblung hasta se pasó de rosca y luego tuvo que pedir perdón. Ahí está esa joya de periodismo-cloaca que es *Gente se equivocó*.

Todos iban de un lado a otro. Todos se preparaban. Se organizaban. La Jotapé convoca a los mejores investigadores del país y se crean los Equipos Político-Técnicos. Regresa al país el eminente científico Rolando García y se pone a disposición de los científicos de la juventud y de Perón. A García parecieran habérselo apropiado los alfonsinistas. Porque dicen que volvió al país "con el retorno de la democracia" y se refieren a 1983. Oigan, no sean tan bajos. Rolando García, en efecto, regresó al país con el regreso de la democracia. Pero la democracia no regresó sólo con Alfonsín. Antes había regresado con Cámpora. He leído algunas cosas y hasta pareciera que el mismo García quiere olvidar ese retorno. Tal vez lo considere indigno. Vea, lo lamento, doctor García. Usted volvió al país. Viajó a Madrid. Se entrevistó con Perón. Volvió a Buenos Aires y se puso a trabajar con los Equipos Político-Técnicos. En 1969, en el Centro Editor de América Latina, Oscar Varsavsky había publicado su libro *Ciencia, política y cientificismo*. Era un signo de la época. Se acabó el paraíso artificial de la ciencia. Ahora tenía que ver con la política. García había huido con la Noche de los Bastones Largos, de la que luego diría que fue apenas "un episodio policial" comparada con el Proceso. Y si quiso pasar de científico perseguido por Onganía a hombre de la democracia alfonsinista pues se salteó su etapa camporista. Ahí se sumó a quienes comprometían la ciencia con los avatares del país, como Varsavsky y los Equipo Político-Técnicos. Ahí se encontró con el notable Héctor Abrales, ingeniero que militaba en esos equipos. Quiero decir: el regreso de Rolando García al país se festejó mucho entre los cuadros técnicos de la juventud peronista. Fue una bienvenida adquisición para la causa de una ciencia comprometida con el destino trascendente del país. En esa "primavera camporista" todos tenían que ir más allá de sí mismos. Yo me sentía algo incómodo. Trabajaba con mi hermano mayor en nuestra fábrica de cables eléctricos. Esto me permitía andar a cada rato por Munro, almorzar en sus cantinas, en sus bodegones, hablar con los obreros. Viajar por todo el país. Luego tenía que leer y mucho. Después dar clases y dar charlas donde se me requiriera. También (y casi nada) estar en las reuniones de Consejo de Redacción de *Envido* y escribir largos artículos para la revista. También (créase o no: y esto era algo que nos imponía Arturo Armada, que no quería que la revista fuera a playa sino que la repartiéramos nosotros en la Capital, cosa que le mereció ser tachado de "trotskista", cosa que no le hizo cambiar de idea) tenía que cargarme con un montón de revistas y caminarme Callao de punta a rabo (o sea, iba "rodando por Callao" como la luna de "Balada para un loco") y entregarles ejemplares a los kiosqueros más accesibles. No lo hice muchas veces, era demasiado. Pero faltaba algo. Algo que Horacio González hacía desde que lo conocí. Me faltaba "un barrio atrás". Era una frase clave de la época.

Todos teníamos que tener "un barrio atrás". Militar en un barrio. Yo siempre había vivido satisfecho con lo que hacía por la *liberación nacional y social de la patria*, pero no bien estalla la primavera camporista siento que me falta eso. Me falta "un barrio atrás". Me reúno con Héctor Abrales en su casa de la calle Las Heras, muy cerca del *Blasón*, que estaba en Pueyrredón y Las Heras y ya no está más. La vida de uno se puede narrar por los lugares de Buenos Aires en que estuvo. Al principio de la carrera, ahí, en el *Blasón*, le dije a una muy linda piba, compañera de Española II, creo, una frase que me había preparado para los levantes intelectuales: "Nosotros somos los únicos que podemos reinventar el bello sentido de las bellas palabras". Casi se muere. El *verso* es un arte que ha ido muriendo, que las minas ya no conocen porque los boludos de los tipos que andan hoy en día por la ciudad apenas si hablan castellano. Bueno, en esa época, con una buena frase te levantabas la mejor de las minas. A mí, las frases me sobraban. Con el *verso* era imbatible. El problema residía en que después, en los hechos (a una cuadra y media del *Blasón* había un hotel llamado –creo recordarlo bien– *Tourvillon*), uno tenía que mantener el nivel de excelencia que había desplegado con las palabras. Y esto podía pesarle a uno. Porque a medida que llegaba a la esquina, doblaba a la izquierda y se acercaba al lugar en que se desarrollaría la batalla final, el momento de la verdad, se decía: "¿Cómo mierda hago para llevar a esta mina a un orgasmo equivalente a la frase que le dije? ¿Qué tengo que hacer para conseguir algo similar a 'Somos los únicos que podemos reinventar el bello sentido de las bellas palabras'? ¿Y si 'el compañero' se asusta ante semejante desafío y no llega al altísimo nivel al que mi maldito logos lo ha condenado?". Bueno, esto sólo era para decir que Abrales vivía a media cuadra del *Blasón* y yo lo fui a ver porque necesitaba "un barrio atrás". Estaba comiendo. Abrales era el Turco Abrales. También era el Gordo Abrales. Parecía un príncipe de *Las mil y una noches*, ese libro del que Borges se afanó tantas cosas. Comía huevos fritos, papas fritas, bife de chorizo, mojaba el pan en el juguito, bebía vino tinto de un pingüino (que, a no dudarlo, tenía en su interior un formidable vino de Mendoza) y hablaba sin parar. Su mujer lo atendía con mucho amor. Era muy linda, inteligente. "Bueno, Josecito, ¿qué mierda querés?" Le voy a explicar pero él sigue hablando. "Ah, necesitamos algo de vos. Es para los Equipos Político-Técnicos. Necesitamos citas del Viejo." "Hay miles de citas del Viejo." "No, boludo. No es tan simple. Si no, no te lo pediría a vos. Necesitamos que nos hagas una selección de citas del Viejo. Pero de las que respalden nuestra línea." "O sea, no pongo: 'Se verá que no somos enemigos del capital sino sus verdaderos amigos'." Se ríe con su enorme bocaza y se sirve vino. Me ofrece algo pero le digo que no, que a esa hora no tomo vino. "No, huevón. Eso dejáselo a los gorilas. Buscate frases duras y frases sobre la Ciencia. Nos armás una buena cantidad y sacamos un librito. ¿Sabés que hay unos pibes que editaron tus artículos y se reúnen para estudiarlos?" No sé qué cara habré puesto pero –otra vez– se caga de risa. "¡Mirá la cara de orgasmo que pusiste, ególatra de mierda! Sos de lo que no hay. Bueno, ¿nos hacés el librito?" "Sí, frases duras y frases sobre la Ciencia. Ahora escuchame, te quiero consultar algo." "Dale." "Necesito un barrio atrás." "¿Vos? ¿Estás en pedo? Hacenos el librito y punto. Ese es tu 'barrio atrás'." "No, Gordo, en serio. Hoy si no tenés un barrio atrás nadie te toma en serio. Sos un descolgado. Un intelectual de mierda. No servís para nada." Aparta el enorme plato y pide el postre. "Mirá, Josecito." (El Gordo es mayor que yo. Me lleva como siete años. Es un veterano. De aquí que me diga "Josecito". A mí nunca me disgustó que me dijeran así. Me embola que me digan "Juan Pablo".) "Mirá, Josecito –dice y dice algo muy importante–, ahora hay que esperar que asuma Cámpora. Pero sobre todo hay que esperar que vuelva Perón. Yo estoy bien adentro del Movimiento. Es un despelote. Se sacan los ojos. Haceme caso. Esperá que vuelva el Viejo. Ahí se van a ordenar los tantos. Entonces vemos. Si todavía querés tu 'barrio atrás' lo vas a tener." Pueden creerme: eso dijo el Gordo Abrales. "Esperá que vuelva el Viejo. Ahí se van a ordenar los tantos." Perón venía a meter orden en el Movimiento. A imponer su conducción. Todo habría de tener un rumbo unitario desde su regreso: el que el líder señalara. Todos o casi todos creían eso. Algo más: la palabra "huevón" es chilena pero también mendocina. Tanto "huevón" como "huevada". Yo las aprendí del Gordo, que era mendocino. Lo del "librito" con "la línea de ellos" muestra cómo se trabajaba. Todos podían tener "su" librito de Perón. Todos podían confeccionar uno que expresara "su" línea. Perón había largado frases para todas las líneas. "Tener un barrio atrás" era, de mi parte, una actitud –diría, tal vez, Heidegger– por completo inauténtica. Quería "un barrio atrás" porque era "lo que había que hacer". No habría durado mucho en "mi" barrio. No tenía el temperamento de Horacio González, que, él sí, trabajaba en Flores. Tampoco hoy podría hacer lo que Horacio hace. Y "sos de lo que no hay" no sé si todavía se dice, pero se usaba mucho en esa época. Yo solía responder: "¿Qué es lo que no hay?". Pocos días después tenía listo el "librito" con las citas del Viejo. Lo llamo al Gordo. "Ya está, Gordo. Pero creo que necesita un Prólogo." "¿Y lo escribís vos?" "¿Y quién querés que lo escriba? ¿Perón?" "Bueno, dale." "Va a ser un Prólogo teórico, eh." Aceptó. El Prólogo que escribí formó, después, parte de *El peronismo y la primacía de la política* y también de *Estudios sobre el peronismo*, que es el mismo libro pero con un pudoroso limado de los excesos de la época. Es el que editó Legasa en 1983. Ese libro –yo era demasiado ingenuo: ignoraba los poderes que la socialdemocracia antiperonista conquistaría en la academia, a la que no pude volver por cuestiones que desarrollé en dos novelas: *La astucia de la razón* y *La crítica de las armas*– determinaría mi aniquilación como escritor de ficciones en la carrera de Letras. Mis dos primeras novelas –muy valoradas como expresiones alternativas o críticas del poder militar y escritas y publicadas en el país– se evaporaron a partir de 1984. A joderse por obstinado peronacho que insiste en publicar (¡en 1983, cuando era la hora de Sebreli y *Los deseos imaginarios del peronismo* y del *Club Socialista* y su poder en la academia!) un viejo libro de 1974 –con trabajos escritos desde 1972– en plena "primavera alfonsinista". Pero ese Prólogo expresa buena parte del espíritu del camporismo. También niega las negras interpretaciones que se han hecho sobre la juventud peronista y la Universidad. Mi pasó por la Universidad del '73 fue de intenso trabajo. También el de otros profesores como Portantiero, Eggers Lan y el vertiginoso Horacio González de Ciencias Económicas, que daba clase en la playa de estacionamiento. Si transcribo el Prólogo es porque creo que hoy puede ser muy útil a los que busquen salir de una concepción secamente academicista de la ciencia. Es el siguiente: "Durante muchos años, en nuestro país, se intentó separar la Ciencia de la Política. Fue una de las tantas maniobras del neocolonialismo. Apareció así un tipo especial de científico que unió su imagen a la del laboratorio cerrado y la Razón atemporal. Alejados de la realidad social y política de nuestro país, estos hombres vivieron condenados a generar verdades cuya utilización final caía en manos que ellos desconocían por vocación y por convicción. Pues el técnico, al carecer de un adecuado marco ideológico-político que le permita orientar su práctica, termina siempre por aceptar con pasividad el papel que la sociedad dependiente le impone. Su idolatría por la Ciencia, por el conocimiento objetivo, riguroso y verificable (valores todos que la cultura neocolonial se ha esmerado en inculcarle), lo conduce siempre a separar su práctica científica del mundo, para él, turbulento y engañoso de la historia. Atrincherado en su laboratorio, considerará que su misión en la vida es producir verdades objetivas y verificables, y dejar en manos de otros especialistas (los hombres de Estado o de Empresa) la utilización social y política de esas verdades. No jura por Dios ni por la Patria, sólo lo hace por la neutralidad de la Ciencia. Su pasión por los datos verificables, su trato cotidiano por las cosas, lo determinan a trasladar esos valores al orden social, al cual, necesariamente, termina por cosificar. Y ésta es su mayor tragedia. Porque no lo olvidemos: *las cosas, en sí mismas, son siempre reaccionarias desde que no expresan sino el orden establecido*. La acción política, que es la organización de la voluntad popular, es un acto de pura trascendencia, que niega y supera el orden establecido en función de valores siempre crecientes de justicia social. El hombre de Ciencia advertirá, de este modo, que sus valores más preciados, la neutralidad de su Ciencia y la objetividad y pureza de su Saber no son sino manifestaciones de una realidad trágica y total: la dependencia argentina en el campo del Saber, en el campo de la Ciencia. Es necesario, entonces, desmitificar esa entelequia de la neutralidad de la Ciencia, y demostrar que un técnico, en un país periférico-dependiente, no metropolitano, sólo puede asegurarse la honesta utilización de sus esfuerzos como investigador si une su Ciencia con los proyectos, las conquistas y las necesidades político-sociales de su pueblo. *Porque la ciencia no es neutra: o sus objetivos son marcados por los intereses de la nación o son instrumentados por el neocolonialismo para nuestro dominio*".

No éramos vándalos de las SA que habíamos tomado "por asalto" la Universidad. Eso lo decía *Cabildo*, y qué otra cosa podía decir. Renegábamos de la "isla democrática" de los '60. El estudiantado vivía en un paraíso artificial. La policía entraba en todos lados. Era hora de que entrara en la Universidad. Se acabó la "isla democrática". Somos parte del país de la dictadura. La "Noche de los Bastones Largos" (macartista y aberrante) arroja a los estudiantes a una situación de igualdad con los pobres, con la clase obrera. No hay privilegios para los pibes de clase media que se dan el lujo de estudiar. Aquí, el estudiantado se politiza. Basta, no somos privilegiados, nos cagan a palos como a todos. Nos meten canas en las aulas. Ahí es donde surge la frase de Alcira Argumedo: "Hizo más Onganía por la nacionalización del estudiantado que 50 años de Reforma". Se entiende: no lo hizo de bueno, no lo hizo a propósito. Lo hizo de bruto, de represor macartista, ultracatólico, cursillista y devoto de la Virgen María. Consiguió lo contrario: "Basta, compañeros. Se acabó la 'isla democrática'. La cana entra en las Universidades como entra en las villas, en los sindicatos, en los partidos de izquierda, donde se le cante. ¿Por qué milagro habríamos de salvarnos nosotros? Somos parte de este pueblo y tenemos que seguir su suerte. Así nacen las Cátedras Nacionales. Ahora, en la primavera camporista, estamos preparando una Universidad unida al pueblo. Como lo estuvo en el Cordobazo". A mediados de enero de 1973 se le presentan dos documentos a Cámpora. Uno empieza así: "La Universidad Argentina ha servido siempre a los intereses de la oligarquía y el imperialismo como instrumento de 'colonización cultural'. Esto se manifiesta en su estructura organizativa y en los objetivos y métodos de la enseñanza que imparte" (ADUP, Agrupación Docente Universitaria Peronista, *Envido*, Nº 8, marzo de 1973, pp. 60/62). *Insistamos:* "La 'entrada a palos' de la Revolución Argentina significó introducir la realidad del país en la 'isla democrática'. El estudiante comienza a vislumbrar que fuera de los muros universitarios existe un Pueblo que venía siendo proscripto, hambreado, reprimido, torturado, etc., desde 1955. En 1969 y en los años sucesivos, en las calles de Córdoba, Rosario y el resto del país, el estudiantado comienza a unirse al Pueblo en las barricadas, *comienza a reconocer una historia que desde mucho antes venía construyendo la clase obrera.* Así va asumiendo en las calles las luchas del pueblo trabajador, y contrariamente a los objetivos del 'onganiato' comienza a ver al pueblo de carne y hueso y su expresión política: el Peronismo" (*Documento conjunto de la Juventud Universitaria Peronista*, abril de 1973. Reunión del 9 de abril).

ORGANIZACIONES PARTICIPANTES:

Mar del Plata

J.P 17 de Octubre

La Plata

Federación de Agrupaciones "Eva Perón"

FURN (Federación Universitaria de la Revolución Nacional. En la que militaba un muy joven Néstor Kirchner)

Y siguen innumerables agrupaciones. Son de Capital Federal, Rosario, Santa Fe, Entre Ríos, Chaco, Corrientes, Misiones, Córdoba, Bahía Blanca.

LA "OTRA" AUTOCRÍTICA DEL ERP

Entre tanto, el ERP (que no tenía estas preocupaciones) asesina al contraalmirante Hermes Quijada. Lo hace el ERP 22 de agosto, que se supone un desprendimiento "populista" de las fuerzas de Santucho. Fue una calamidad. Faltaban 25 días para la entrega del gobierno por parte de los militares. Pero el ERP desdeñaba hasta tal punto la política que no le importaban las coyunturas históricas. Hermes Quijada, acusado de mentor de la masacre de Trelew y, para colmo, el que dio la grotesca explicación por la tele a la ciudadanía, tenía que ser boleta. No importaba si esto ponía en peligro la entrega del gobierno. Todo era lo mismo. La ultraizquierda no tiene matices. Todo es el "régimen". Tanto Lanusse como Cámpora. La JP eran unos cuantos burguesitos seducidos por un líder bonapartista. La democracia, mierda. En medio de un París convulsionado al máximo, con policías que retrocedían, con estudiantes que incendiaban todo, Santucho les dijo a los jefes de la rebelión: "A ustedes les falta un mayor nivel de violencia". Claro: el Mayo del '68 no mató a nadie ni tuvo una víctima para llorar. ¿Qué era eso para Santucho que de un plumazo liquidaba a Hermes Quijada a días de las elecciones? Después hará la autocrítica. ¡Tan tardía tu autocrítica, Robi! Tan inservible. Un gran amigo mío –un militante del ERP que arriesgó siempre el pellejo– se cagó de risa cuando se enteró de la autocrítica de Santucho. Y en medio de una ironía, de una autocrítica lacerante que le arrancaba lágrimas de dolor, de impotencia, de derrota, escribió la que, para él, debió ser la verdadera "autocrítica" del ERP. Antes, repasemos un fragmento, al menos, de la de Santucho: *"Nos equivocamos en la política, y en subestimar la capacidad de las FF.AA. al momento del golpe. Nuestro principal error fue no haber previsto el reflujo del movimiento de masas, y no habernos replegado".* Yo vivía todavía en el barrio de Colegiales. Plena dictadura. Estábamos en la cocina. El erpio se llamaba Aníbal, y no digo más. Ahora hace artesanías, va a esas plazas donde se juntan todos esos locos entrañables, indefensos, que vienen de vuelta de cosas terribles o no vienen de nada ni van hacia nada. Esa tarde –en la cocina de mi casa– yo había hecho café y lo tomábamos con cognac. De pronto, Aníbal dice: "¿Querés que te diga mi autocrítica del ERP?" "Me muero por oírla." "Escuchá: *Primero*) Nos equivocamos en la política de masas. Nunca tuvimos una; *Segundo*) Nos equivocamos en la evaluación de las fuerzas enemigas. Creímos que no existían; *Tercero*) Nos equivocamos en no acompañar el reflujo de masas. Tanta poca bola les habíamos dado que ni sospechábamos a dónde mierda se habían ido. Desolados, nos preguntábamos: '¿Dónde se reflujiaron?'".

No dudo que esto habrá de dolerle a más de uno. A mí también me duele. Pero es así: es la historia. De todos modos me atrevo a formular algo. Para mí, ni Santucho ni Firmenich. Pero si me obligaran a elegir: Santucho.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

La primavera camporista (II)